

Imágenes metropolitanas

Joan Crexells describe un partido de fútbol jugado en Londres por el Arsenal (1924)

■ CONRAD VILANOU

Universitat de Barcelona

Sin lugar a dudas la ciudad –desde la *polis* griega hasta la aglomeración urbana– constituye una de las máximas manifestaciones de la cultura humana. De hecho, los griegos ya veían en la *polis* la condición de posibilidad para la civilización del hombre, o lo que es lo mismo, el lugar idóneo para la formación de los ciudadanos. Aristóteles lo deja bien claro en su *Política*: la ciudad es el *telos* de la civilización, con lo cual queda justificada su visión del hombre como *zoon politikon*. En consecuencia, fuera de la ciudad permanece el desorden y la barbarie, de manera que uno de los castigos más severos que se aplicaba a aquellos que rompían las leyes de la *polis* era precisamente la condena al ostracismo, es decir, vivir alejado de su ciudad originaria, sentencia que se aplicó a Sócrates, el cual decidió quitarse la vida antes que aceptarla. Con estos antecedentes resulta lógico que uno de los méritos más preciados por los ciudadanos de las respectivas *polis* fuera, precisamente, el hecho de representarlas en los Juegos Olímpicos de la Antigüedad y obtener triunfos que, además de cantar su excelencia personal, confiriera prestigio al nombre de su ciudad.

A todo esto, Alejandro –discípulo de Aristóteles– constató las limitaciones de la *polis* clásica y, por lo tanto, la necesidad de fundar un nuevo asentamiento en la ribera del Nilo al que se denominó *ko-*

mépolis, para distinguirlo de la *polis*. De esta manera Alejandría se convirtió en una *komé*, una especie para lugar, que gracias a su capacidad para conglomerar cosas de diversa procedencia se convirtió en *cosmópolis*, expresión que no deja de ser una tautología, si consideramos que *polis* también significa orden, disposición y estructura. Frente a la fragmentación del territorio en lugares políticos naturales –como recomendó Aristóteles–, Alejandro apuntó hacia la mezcla, la síntesis, la ciudad-universo, una nación de naciones que no conociera el *limes* de la frontera, ni las murallas.¹ Desde una perspectiva deportiva, es bien conocido que las prácticas físicas se universalizaron, precisamente, gracias a la helenización de los costumbres del mundo que puso en marcha el Imperio Alejandrino y que los romanos imitaron al utilizar espectáculos para extender el culto imperial y así unificar la vida del imperio.

Por otro lado, se puede decir que Roma fue una *urbe* que consiguió dominar el mundo, en una reedición de aquella antigua Babilonia maldita por la tradición bíblica. Y aunque aniquiló Jerusalén –donde siempre causó enojo la instalación de un gimnasio por considerarse una manifestación ajena a la cultura semita– Roma y su imperio acabaron por sucumbir. El cristianismo, después de utilizar las grandes ciudades del Imperio

para su propagación, propuso a través de San Agustín aquella *Ciudad de Dios*, en la que el deporte ya no tenía cabida: el cristiano –como atleta y seguidor de Cristo– debe perseguir la gloria divina, de manera que la verdadera victoria no se encuentra en este mundo si no en conseguir la vida eterna.

Será necesario esperar hasta la Baja Edad Media y al Renacimiento para encontrar una recuperación del papel de las ciudades y a resultas de ello, la recuperación de la práctica deportiva. De alguna manera el derribo de las murallas de las ciudades –símbolo de la mayoría de edad del género humano al desvincularse del peso de la tradición religiosa, política o familiar– tendrá lugar a partir de la modernidad a través de un lento proceso que culminará en el siglo XIX. Liberado de la seguridad que ofrecía la protección de las murallas, el hombre dependerá sólo de su propia conciencia individual. Al fin y al cabo, el mismo Rousseau –uno de los primeros hombres modernos– decidió emprender el camino de la vida –un itinerario que le llevó a mostrarnos una conciencia personal marcada por la transparencia de la espontaneidad– al encontrar cerradas las puertas de su Ginebra natal.

Muy probablemente, la crisis de la modernidad no se puede desligar de la crisis del crecimiento de la ciudad porque la metrópolis –la gran ciudad que se de-

¹ Kleinstadt-Rohr, L. J.; "Alexandria, Jerusalem, Roma. Models de ciutat", *Debats*, n.º 54, diciembre 1995, p. 4-12.

sarrolló extraordinariamente después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)– generó, paralelamente al progreso material, unas nuevas condiciones psicológicas. Tanto más cuanto el crecimiento de la cultura moderna propició la aparición del hombre-masa con la consecuente despersonalización de la vida humana. Ernst Töller en su descripción de la cultura de aquellos años nos dice: “Los impulsos sociales empujan a la persona como masa. Y la persona quiere conseguir el objetivo, aunque tenga que renunciar a la idea moral. Esta contradicción me parece insoluble porque yo la he vivido actuando, y pruebo de darle forma. Es así como surge mi drama *Hombre-masa*”.²

El escritor Stefan Zweig constata que el siglo XIX –en el cual nació y creció– era un mundo ordenado donde, por ejemplo, abundaban las personas obesas, cosa que confirmaría la tendencia al sedentarismo y al rechazo del ejercicio físico. En aquel mundo de la seguridad vienesa de fin de siglo XIX el deporte estaba considerado como una ocupación brutal que permaneció, inicialmente, al margen de la buena sociedad que –como mucho– asistía a las carreras en el hipódromo. Las personas respetables caminaban despacio, hablaban con mesura, todo se hacía en calma y sin prisas según exigía una vida tranquila y sosegada. En realidad esto es lo que se adecuaba a una burguesía que aceptaba sin reservas el sistema establecido y que se reflejaba en la vida aristocrática de la corte imperial. Esta situación de placidez no se quebrantó hasta que el partido socialista de Austria, promovido por el doctor Víctor

Alder, consiguió movilizar a la clase trabajadora de una manera ordenada, con manifestaciones pacíficas por el Prater vienes, lugar hasta entonces frecuentado únicamente por las clases acomodadas. Poco a poco, aquellos jóvenes empezaron a perder la confianza en la autoridad que representaba la familia, la escuela y la moral burguesa del siglo XIX que, además de ser puritana en toda Europa, evitaba el tema de la sexualidad por un sentimiento de inseguridad interior hasta el punto de recomendar la doble moral. A pesar de que no se prohibiera a los jóvenes expresar su sexualidad, se exigió que la canalizaran de manera discreta a través de la prostitución –una auténtica chacra para las enfermedades, en especial la sífilis, que ocasionó muchas pérdidas de vidas hasta el descubrimiento de la penicilina– que introducía a la juventud en un mundo sórdido y malsano que la *Pedagogie Sportive* (1922) de Coubertin quería combatir ampliamente. “Es posible que en ninguna otra esfera de la vida pública se haya producido un cambio tan radical en el espacio de una generación como en las relaciones entre los dos sexos por una serie de factores: la emancipación de la mujer, el psicoanálisis freudiano, la educación física, la independización de la juventud”.³ No en vano, los surrealistas transformaron el cuerpo humano en máquinas con un marcado carácter erótico y sexual. Todo ello favoreció la aparición de maneras de vestir más ligeras y se acabó con el principio tradicional del tapar y esconder, según una cultura de la ocultación que afectó de manera muy negativa la educación de las chicas.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, ya no son las plazas, las iglesias, y los palacios los elementos que definen el espacio de una ciudad, si no las vías de comunicación –las nuevas calles trazadas geométricamente, esto es, en forma de paralelos, diagonales, meridianos como muestra el plan Cerdà– que debían permitir el establecimiento de una rápida red viaria de transporte civil y militar. Al mismo tiempo se construyeron de manera precipitada viviendas para la gente que emigraba masivamente del campo a la ciudad. En consecuencia, se pasó en pocas décadas de una ciudad articulada todavía alrededor de una estructura gremial y menestral a otra industrial que veía como la sociedad se atomizaba en individuos aislados. Esta situación favoreció el levantamiento vertical de edificios de varios pisos y, lo que es más destacable, la privatización del espacio y la pérdida de los vínculos sociales.⁴ En este sentido, hay que decir que Nueva York –para muchos el modelo de ciudad moderna que después de 1945 arrebató la capitalidad del mundo a ciudades como podían ser Londres, París o Berlín –es una ciudad puesta de pie.

Ahora bien, aunque el término “ciudad” no es polisémico, detrás de esta palabra se detectan una serie de concepciones que permiten diversas lecturas. De hecho nos encontramos con adjetivaciones espaciales o geográficas del término: ciudad alta, ciudad vieja, ciudad satélite, ciudad abierta. Según los objetivos, tenemos la ciudad universitaria, la ciudad deportiva, la ciudad olímpica, la ciudad sanitaria y también la ciudad de los muertos (necrópolis). En función de la

² Töller, E.; *Una juventud en Alemania*. Barcelona: Ediciones del 1984, 2001, p. 250. En noviembre de 1920 el dramaturgo y político Ernst Töller (1893-1939) estrenó el drama *Hombre-masa*.

³ Zweig, S.; *El món d'ahir. Memòries d'un europeu*. Barcelona: Quaderns Crema, 2001, p. 93.

⁴ Sociólogos como Tönnies, Weber o Simmel se percataron de la pérdida que representó el paso de una comunidad (*Gemeinschaft*) a una asociación (*Gesellschaft*), en la que la razón se imponía a los sentimientos y donde triunfa, finalmente, la despersonalización. No se debe olvidar que la Pedagogía Social de Paul Natorp (1899) se propuso fortalecer precisamente la idea de comunidad (*Gemeinschaft*).

perspectiva filosófica, religiosa, literaria, utópica y urbanística aparecen la ciudad ideal, la ciudad santa, la ciudad eterna, la ciudad invisible, la ciudad del sol y la ciudad jardín. Asimismo, también podemos referirnos a otras formas de entender el concepto de ciudad como el de ciudad-paisaje, esto es, la ciudad que se construye según la relación del hombre con su hábitat a través de una sintaxis que coloniza el territorio por medio de la arquitectura y el urbanismo.

Walter Benjamín comenta que los panoramas de Daguerre, además de anticipar una inversión en la relación entre el arte y la técnica, son al mismo tiempo la expresión de un nuevo sentimiento de vida. Si en un primer momento, se buscaba hacer de los panoramas artísticos lugares de una perfecta imitación de la naturaleza, posteriormente el ciudadano, que había manifestado su superioridad política frente a la vida rural, trata de llevar el paisaje a la ciudad ensanchándola así en los panoramas.⁵ Las fotografías y la filmación de escenas urbanas confirman una cosa que la pintura impresionista también había advertido: la ciudad acaba por convertirse en un auténtico paisaje.

Todo esto generó un súbito cambio, ya que se pasó del paisaje natural –que postularon los clásicos y los románticos– a una nueva visión escenográfica determinada por la racionalización del espacio y las aplicaciones tecnológicas, y en las que aparecen una generación de individuos que ven como los automóviles asedian y limitan el espacio público. Es el tributo al progreso, al maquinismo y a

la velocidad, aspectos que adoptaron como propios los futuristas al proclamar el advenimiento de una forma de civilización que presentaba la obra de arte a manera de conjuntos plásticos en los que confluían los materiales y las sustancias más dispares y los mecanismos más sorprendentes con el fin de producir nuevas sensaciones (luces, movimientos, ruidos). A pesar de todo, el paisaje urbano que filmaron los hermanos Lumière, en el año 1897, en diversas ciudades europeas, demuestra que por aquel entonces todavía era factible la armonía entre los usos de movilidad y los de sociabilidad, si tenemos en cuenta que el número de vehículos y su velocidad máxima, parecida a la de los caballos, se encuentran dentro de unos límites convivenciales. Pero pronto se disipó esta posible armonía cuando llegó la década de los años veinte, momento en que el ciudadano se convirtió en simple transeúnte. Precisamente, una de las características fundamentales de la metrópolis será ésta: grandes masas de población que se desplazan de un lugar a otro, situación que recuerda la imagen de la Babel bíblica.⁶

El paisaje metropolitano

De entrada queremos precisar algunas de las características que presenta la metrópolis, la ciudad que ha crecido desmesuradamente: aglomeración urbana, indiferencia, anonimato, miseria suburbial, morbosidad infantil, cuerpos famélicos, paro, y también el despertar de una conciencia sociopolítica entre la

clase obrera. Como es sabido, las masas trabajadoras encuentran en la ciudad –la Barcelona de entresiglos, aquella *rosa de foc* del movimiento anarcosindicalista y libertario es buena muestra de ello– el lugar natural para la lucha a favor de sus reivindicaciones. En medio de este contexto, Georges Sorel formuló su sindicalismo revolucionario con el fin de despertar en las masas la voluntad de acción. Debemos señalar que esta estética revolucionaria, que encuentra en la ciudad su mejor escenario, influyó sobre el fascismo –con su marcha sobre Roma (1922)– que confió en la fuerza revolucionaria que había de conducir al proletariado a la conquista del poder. Ciertamente –y he aquí la paradoja del progreso técnico– el hombre metropolitano se encuentra encadenado a una dinámica opresora y asfixiante: su ritmo vital se regula con los sonidos de las sirenas que controlan la entrada y salida de los talleres, por el impecable *dring* de cronómetros que marcan el ritmo de la producción industrial, por el martilleo de los cilindros de la industria pesada, por las combustiones de los hornos metalúrgicos, en fin, por ingenios de todo tipo que sin parar, circulan a diferentes niveles (subsuelo, superficie y aire) por toda la metrópolis.

Si la *polis* griega era el lugar del orden y la civilidad, la metrópolis representa una cierta perversión de la ciudad que con su crecimiento descontrolado ha provocado la patología de la vida urbana. Así surgió una especie de enfermedad que afecta a la civilización contemporánea y que manifiesta síntomas de la incipiente crisis

⁵ Benjamín, W.; Arte y literatura. Selección de textos, traducción e introducción de Antonio Pous. Vic: Eumo, 1984. Hay que destacar la relevancia de esta selección de textos que incorpora una serie de escritos (La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica; París, la capital del siglo XIX; algunos motivos de Boudelaire), que giran alrededor de la mecanización y del paisaje urbano.

⁶ La exposición La reconquista d'Europa. Espai públic urbà (1980-1999) presentada, del 19 de marzo al 20 de junio de 1999, En el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona recuperó la película de la productora francesa Gaumont de los años 20 que deja constancia, de manera cómica y a la vez dramática las rápidas modificaciones que se introducen en el espacio urbano. Se trata de una tragicómica sesión de instrucciones y normas que indican las obligaciones de los peatones que caminan por la ciudad en medio del vertiginoso ritmo de los coches –cada vez más rápidos–, los primeros semáforos y las órdenes de unos guardias que se esfuerzan por controlar el tránsito.

de la modernidad que tematizaron, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, autores como Jaspers, Husserl y Guardini, algunos de los cuales –es el caso de Karl Jaspers, médico y filósofo– incluyeron en sus reflexiones el tema del deporte como fenómeno de masas. “El deporte como fenómeno de masas, organizado como habitual lo mismo que un juego sometido a reglas, distrae instintos que podrían si no llegar a ser peligrosos APRA el aparato. Llenando las horas libres constituye una manera de satisfacer a las masas”.⁷ Al fin y al cabo, el protagonismo de la masa es inseparable de la vida metropolitana: el anonimato metropolitano es el que promueve los fenómenos de masificación social como el deporte o las grandes concentraciones políticas orquestadas por el fascismo.

Con todo, hay que señalar que la metrópolis plasma buena parte de los principios de la modernidad, si la entendemos como la extrema concentración y exhibición tecnológica que se concretiza –por ejemplo– en los grandes estadios que, a su vez, se exhiben como grandes obras de ingeniería que combinan hierro con el cemento.

Al pronunciar la palabra metrópolis se desvela ante nosotros un mundo dominado por la tecnología que el arte de la modernidad asumirá al desaparecer la mimesis del paisaje natural. El fotomontaje de Paul Citroën *Metropoli* (1923), ilustra este ambiente. Este nuevo paisaje constituido por un conglomerado de edificios de diversos estilos, donde no aparece ninguna figura humana, ni siquiera ningún elemento natural: Da la impresión como si la

tecnología arquitectónica fuera la única y exclusiva protagonista del paisaje metropolitano. Se trata, por lo tanto, de una representación deshumanizada en la que la presencia del hombre se detecta indirectamente, a través de sus creaciones tecnológicas. En consecuencia, el hombre es visto simplemente como un *homo faber* que ha conseguido –con el trabajo y la tecnología– modificar las condiciones de su hábitat: la naturaleza, simplemente, obedece.

Por otro lado, en el paisaje metropolitano se intuye la presencia humana detrás del gran número de ventanas que se extienden a lo largo de un tramado abarrotado de edificios entre los que se levantan imponentes rascacielos. De aquí que la metrópolis –con la proyección del espacio interior hacia el exterior mediante la luz eléctrica, la primera gran novedad del siglo xx–⁸ genere una visión espectral, de una gran fuerza y belleza plástica, sobre todo durante la noche. Incluso esta imagen nocturna se perfila a manera de una especie de juego de luces y sombras que recuerda –al menos a través de la filmografía de los primeros años de la historia del cine– al famoso mito platónico de la caverna. Al finalizar su jornada laboral, los trabajadores –como si se tratase de una nueva versión de los esclavos en la antigüedad– salen, desde un mundo subterráneo nublado y laberíntico, a la superficie. Y por tanto buscarán –a partir del sábado al mediodía, según el horario de la semana inglesa– aquellos ratos de ocio que encontrarán en los campos de fútbol. El cine refleja perfectamente esta ambientación de elementos espectrales a

veces casi fantasmagóricos– que dan vida a la metrópolis, como se refleja en dos películas emblemáticas: *Metrópolis* de Fritz Lang (1926) y *Berlín, sinfonía de una gran ciudad* de Walter Ruttmann (1927). A través de estos filmes alemanes se pone de relieve la cantidad de obreros que cada mañana al amanecer, desfilan por las calles dirigiéndose hacia las fábricas donde son sometidos a una productividad regulada por una división del trabajo que hace que la actividad laboral sea una cosa impersonal y automatizada. Es, pues, comprensible que en la película *Metropoli* –nombre de una ciudad desconocida para el espectador y que transmite una visión degradada del futuro–⁹, la robotización de la vida humana sea alguna cosa más que un simple sueño: el hombre se ve degradado a la condición de apéndice de una simple máquina, situación que también criticó ácidamente Chaplin en *Tiempos Modernos* (1936).

El deporte fenómeno metropolitano

Hay que insistir en que el deporte es un fenómeno típicamente moderno que debemos vincular al crecimiento de las ciudades y a la aparición de un modelo de vida metropolitano. Stefan Zweig en sus excelentes memorias, ya citadas anteriormente, constata que en el siglo xix todavía no había entrado en Europa la oleada deportiva que penetrará con fuerza con la llegada del nuevo siglo. Zweig, que se había formada en aquella época de seguridad del Imperio Austria-

⁷ Jaspers, K.; El ambiente espiritual de nuestro tiempo. Barcelona: Labor, 1935, p. 63).

⁸ Hay que señalar que en el año 1906 se inauguró la primera línea electrificada al estado español con cinco kilómetros y que unía Barcelona con Sarrià. Añadimos, a título de simple anécdota, que una de las vías comerciales que tuvo más éxito en la Barcelona de posguerra fue la Avenida de la Luz, instalada precisamente en los anexos de la estación de los ferrocarriles de Sarrià.

⁹ Con relación a las reflexiones arquitectónicas y cinematográficas sobre la metrópolis, se puede ver: Montaner, J. M., “La crítica a la Metrópolis: de Aldo Rossi a Ridley Scout”, Los Cuadernos del Norte, núm. 47, 1988, p. 8-19. La estrena del film *Blade Runner* de Ridley Scout, una de las películas clave para entender el decenio de los 80, desencadenó una serie de comentarios y referencias de interés. De esta manera, por ejemplo: Sambriño, C.; “De Metrópolis a *Blade Runner*: dos imágenes urbanas del futuro”, Revista de Occidente, núm. 185, 1996, p. 45-62.

co anterior a la Primera Guerra Mundial, lo deja bien claro: “La lucha, los clubes de atletismo, los records de pesos pesados, en nuestra época aún se consideraban como actividades de barrio y su público estaba integrado por carniceros y mozos; como mucho, las carreras, más nobles y aristocráticas, atraían unas cuantas veces al año a la denominada *buena sociedad* al hipódromo, pero no a nosotros, a quienes cualquier actividad física nos parecía una absoluta pérdida de tiempo”.¹⁰

En realidad hubo que esperar hasta las primeras décadas del siglo xx –y en especial al final de la Primera Guerra Mundial– para que el deporte se constituyera como un elemento más de la cultura metropolitana que había generado unas nuevas condiciones que, a la larga, favorecerían la aparición de una categoría social desconocida hasta entonces y que quería romper decididamente con el mundo anterior: la juventud que apareció con fuerza después de la Primera Guerra Mundial. Fue entonces cuando se asistió al crecimiento espectacular de las ciudades y a la mejora de las personas que “se hicieron más bellas y sanas gracias al deporte, a una mejor alimentación, a la jornada de trabajo más corta y a un contacto más íntimo con la naturaleza”. La descripción que hace Zweig refiriéndose a su Viena natal es muy significativa: “Ya nadie, a excepción de los más pobres, se quedaba los domingos en casa, toda la juventud salía a caminar, a escalar y a luchar, entrenando en todo tipo de deporte...”.¹¹

Ya hemos dicho que al romperse las ataduras que habían presidido la sociedad del antiguo régimen, la despersonalización de la vida humana favorecía, de rebote, la emergencia de sensaciones y manifesta-

ciones colectivas que, a partir de entonces, fueron utilizadas políticamente por los gobernantes que habían de legitimar que aquellos mismos jóvenes que hacían deporte marchasen contentos hacia los frentes de guerra. Al fin y al cabo, el deporte ha sido considerado como una domesticación de la guerra o, lo que es casi lo mismo, una canalización de la violencia. Por otro lado, el deporte –y muy especialmente el fútbol– se puede entender como una reacción neovitalista arraigada en una tradición cultural de carácter agrario contra la oleada mecánica de la producción industrial. No obstante, el paisaje metropolitano cambió radicalmente con la construcción de velódromos, pistas de patinaje, campos de fútbol, estadios y piscinas al aire libre. Aquellos gimnasios del siglo xix –instalados en lugares oscuros e insalubres–, pasaron a mejor vida. El deporte había arraigado definitivamente en la vida de la metrópolis, tal y como simboliza la construcción del estadio de Montjuïc inaugurado en el año 1929 en ocasión de la Exposición Internacional que destinó todo un pabellón al deporte que en aquellos momentos –insistimos de nuevo– significaba una demostración de progreso y modernidad y, lo que es más importante, una industria emergente que era necesario mostrar públicamente. Como es sabido, la gran diferencia entre la Exposición Universal de 1888 y la Exposición Internacional de 1929 fue precisamente la aparición del deporte, ya que en el año 1888 –a excepción de algunas manifestaciones ciclistas por las calles de Barcelona– no tuvo ningún tipo de incidencia en aquel acontecimiento.

Además, el deporte con su estética energética y vitalista que se apoya en una visión motorizada del cuerpo humano fue

presentado como un antídoto a los funestos efectos que se desprendían de una sociedad –heredera de la industrialización del siglo xix– mecanizada. No en vano el deporte –y aquí podemos incluir además del ciclismo, el motociclismo y el automovilismo– fue uno de los temas preferidos de los futuristas que al exaltar el dinamismo y la velocidad proclamaron el advenimiento de una forma de civilización que presentaba la obra de arte a manera de conjuntos plásticos en los que confluían los materiales y las sustancias más dispares y los mecanismos más sorprendentes, con el fin de producir nuevas sensaciones (luces, movimientos, ruidos). Resulta lógico, pues, que el deporte fuese presentado por las vanguardias culturales y artísticas –el *Manifest Groc* firmado por Salvador Dalí, Lluís Montanyà y Sebastià Gasch en el año 1928 así lo manifiesta– como un elemento innovador. Estos antecedentes confirman el proceso de institucionalización del deporte a modo de una práctica social que, a pesar de las manifestaciones elitistas de deportes como la equitación, la esgrima o el tenis, llega finalmente a todas las capas sociales. Por último, la aparición en la época de entreguerras (1919-1939) del deporte de masa –el fútbol especialmente en Europa– genera un fenómeno nuevo que a la larga recordará aquella cultura del espectáculo –el pan y el circo, ya criticado por Juvenal en la Roma Imperial.¹²

Con todo esto, no resulta vano decir que si la sociedad del siglo xix se había hecho neosedentaria con el crecimiento de las ciudades, la sociedad metropolitana –aquellas grandes urbes de la época de entreguerras– permitió que emergiera una vida neónómada, gracias a las prác-

¹⁰ Zweig, S.; *El món d'ahir. Memòries d'un europeu*, obra citada, p. 81

¹¹ *Ibidem*, p. 243.

¹² Desde una perspectiva histórica y en relación a la cultura de los espectáculos continúan siendo de actualidad los textos clásicos de Tertuliano y Novaciano: *De Spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid-Las Palmas, Ediciones Clásicas-Universidad de Las Palmas, 2001.

ticas como el excursionismo, el camping o el turismo, reencontrar aquella naturaleza perdida y que ahora se rescataba con una actitud ciertamente romántica. En consecuencia, y con el fin de escapar de este panorama metropolitano, se desarrollaron durante las dos primeras décadas del siglo xx toda una serie de propuestas metodológicas al aire libre (colonias escolares, escultismo, acampadas, etc.) encaminadas a poner a los niños en contacto directo con la naturaleza.

Joan Crexells y el deporte

A pesar de que ahora no es el momento más adecuado para ensayar una biografía de Joan Crexells (1896-1926), es bueno recordar que su perfil intelectual puede definirse con los siguientes calificativos: liberal, demócrata, republicano y laicista con tendencias socializantes.¹³ De hecho combinó una sólida formación humanista –estudió Derecho y Filosofía y Letras– con una inclinación hacia las nuevas corrientes de pensamiento (lógica, filosofía del lenguaje, estadística, etc.). En el año 1921, al negarle la “Junta para Ampliación de Estudios” una pensión para estudiar en Inglaterra –donde florecía la filosofía analítica– nuestro autor decidió prepararse para opositar al cargo de Jefe Municipal de Estadística del Ayuntamiento de Barcelona, motivo por el cual se trasladó a estudiar estadística a Berlín y a Londres. En ambas ciudades hizo de corresponsal de prensa, de manera que captó el gusto por la pasión científica de la cultura germánica y el sentido liberal y democrático del modelo universitario inglés.

Hay que decir que Crexells no siguió ninguna de las líneas de pensamiento establecidas durante los años veinte en el es-

tado español de manera que se desmarcó tanto del novecentismo orsiano instalado en Barcelona como del historicismo vitalista de Ortega y Gasset. De hecho, Crexells se aleja expresamente de la generación novecentista –“lo que pasa es que nuestros novecentistas no han llegado a clásicos: se han quedado en la Bien Plantada”, denunció agudamente– y reivindica desde una posición neohumanista, el contacto directo con la cultura clásica porque según su parecer “el ideal griego de la vida humana era un ideal insuperable”.¹⁴

Tal como sucedió en Alemania con Werner Jaeger, Crexells representa para la Cataluña de los años veinte un espíritu amarrado de platonismo que poco tenía que ver con la pretendida restauración neoclásica de Eugenio Ors que se diluyó en un discurso ideológico mediterraneista. El cosmopolitismo de Crexells combina la tradición clásica con la modernidad política (el sistema democrático) y filosófica (la lógica y la filosofía del lenguaje). De hecho el clasicismo de Crexells empieza en la filosofía –de aquí su vocación por traducir los *Diálogos de Platón*– que le conduce hasta el deporte que ya era practicado en las *polis* griegas. Además, su doble vocación –anglófila y clásica– exigía la importación del espíritu británico dado que se podía establecer un paralelismo entre el sentido democrático ateniense y el sentido liberal inglés. En medio del ambiente pesimista que planeaba sobre una Europa que contemplaba con pasividad el ascenso de los totalitarismos, Crexells apuesta por la democracia y el sistema parlamentario, cosa que justifica la dimensión cívico-moral que otorga al deporte que debe quedar al servicio de la democracia. Política y deporte no son dos comparti-

mientos aislados, sino que exigen una misma inclinación: el sentido deportivo, o lo que es lo mismo, el juego limpio (*fair play*). El deporte no puede comportar un embrutecimiento del hombre, sino una exaltación de los valores morales: “En el Protágoras de Plantón, Sócrates se burla de aquellos que quieren imitar a los lacedemonios en sus ejercicios físicos sin fijarse en el aspecto espiritual de su educación, y para imitarlos –dice– se dañan las orejas a puñetazos y se lían tiras de cuero en las manos y llevan mantos cortos, como si fuera por eso, que los lacedemonios son los más fuertes entre los griegos”.¹⁵

De hecho, el ambiente de crisis que siguió a la Primera Guerra Mundial rehabilitó de nuevo la filosofía platónica en un intento de combatir la transmutación de los valores propuestos por Nietzsche –muerto en el año 1900– y el nihilismo que se apoderaba de una juventud europea cada vez más proclive a la teosofía, al ocultismo, la antroposofía y el misticismo. Para resolver este estado de cosas no hay nada mejor que el contacto con la tradición clásica, que desde esta perspectiva, no se puede considerar una invitación a la reacción, sino un auténtico ejercicio de humanismo y democracia. En consecuencia, resulta congruente que Crexells –bajo el amparo de un idealismo abierto al mundo de los valores– defendiese una finalidad espiritual y moral del deporte que sobrepasa los planteamientos nacionalistas que fueron recuperados durante los años veinte por las doctrinas políticas y eugenésicas que pretendían mejorar las razas. Para Crexells la cosa está clara: sin perder de vista la tradición clásica, el elemento moral debe buscarse en el modelo inglés para

¹³ En relación al pensamiento de Joan Crexells –y a parte del *homenot* que Josep Pla le dedicó– se pueden consultar los siguientes trabajos: Crespo Arrufat, Ll. *Ideari de Joan Crexells*. Barcelona: Edicions 62, 1967; Bilbeny, N. *Joan Crexells en la filosofia del Noucents*. Barcelona: Dopesa, 1979.

¹⁴ Bilbeny, N.; “Memoria de Joan Crexells, filòsof català”, *Revista de Catalunya*, 109, 1996, p. 14.

¹⁵ Crexells, J.; “L’element moral en l’esport”, *La Publicitat*, 27 febrero 1925.

el cual el deporte constituye un medio educativo fundamental. En realidad, el deporte debe incluirse en un concepto de cultura ideal que quiere evitar los peligros que se derivan de la especialización. No se trata de saber muchas cosas de manera erudita, sino de entenderlas inteligentemente. De esta manera, el vivir se impone a un saber enciclopédico. Más que la acumulación de conocimientos conviene desarrollar los valores humanos que el deporte promueve porque “las personas que tienen un criterio sano y un sentido de la vida noble y elevado saben en qué momentos la regla moral no existe o es equívoca” y por lo tanto, “qué actitud se debe adoptar para proceder correctamente”.

Es obvio que Crexells relacionó el potencial moral del deporte con la idea de autonomía y autogobierno arraigada en la tradición pedagógica del reformismo pedagógico inglés iniciado por Thomas Arnold en el siglo XIX cuando dirigía la escuela secundaria de Rugby. Por este motivo, Crexells insiste en la dimensión pedagógica del deporte, en todo aquello relacionado con la ética deportiva, como refleja el hecho de destacar el elemento moral en el deporte: “Educar a los jóvenes en el deporte para que en cada momento de la vida actúen con aquella claridad y nobleza que denominamos deportividad, he aquí una noble finalidad moral del deporte. Que cuando se plantee una cuestión cualquiera, en lugar de buscar en su memoria cuál es la regla moral y legal que se puede aplicar, lo haga aplicando habitualmente su sentido deportivo”.

Desde el punto de vista de la filosofía, la originalidad de Crexells fue contactar con las nuevas corrientes de la filosofía analítica, de manera que fue el introductor en el estado español, de lo que se ha denomi-

nado positivismo lógico (Frege, Russell, etc.), es decir, de aquella filosofía preocupada por dar a la lógica el método riguroso de la matemática al introducir su simbolismo. Este interés por la lógica y la filosofía del lenguaje lo llevará a estudiar estadística al lado del profesor Karl Pearson, director del Seminario de Estadística del University College de Londres. Esta circunstancia lo acercó a la vida colegial británica y, naturalmente, al mundo del deporte. En el año 1921 declara en *La Publicidad*: “Soy partidario entusiasta del deporte”. Sin embargo hace una advertencia: “Entusiastas del deporte y sobre todo del fútbol, pero enemigos radicales de que en el deporte haya simples espectadores. El deporte está para hacerlo, no para contemplarlo, al menos, no para ser contemplado por gente que es exclusivamente espectadora”.¹⁶

Resulta lógico que las referencias deportivas afloran en sus crónicas periodísticas enviadas desde Londres para *La Publicidad*: “...la Universidad inglesa, en cambio, es un lugar de formación general. En el patio central del University College, en Londres, hay un campo de tenis. Todas las paredes de la Universidad están llenas de anuncios de concursos deportivos universitarios o de discusiones políticas entre estudiantes. En Oxford y en Cambridge se rema, se juega al cricket, al fútbol, a boxeo, al rugby, se nada, se corre y se lanza el disco; se va a Suiza para hacer deportes de invierno; se discute casi todos los días, en reuniones muy concurridas, de la utilidad de la existencia del partido liberal, del impuesto sobre el capital...”.¹⁷

Crexells lo tiene claro: deporte y política constituyen las dos grandes ocupaciones del estudiante inglés. Aparte de esto, y además, estudia.

Naturalmente esta anglofilia de Crexells –que desde una perspectiva cultural hace que apueste a favor de una cultura general de signo humanístico que combina el conocimiento de las lenguas clásicas con el estudio de las matemáticas– tenía que comportar un interés por el deporte, que en su caso es más importante por el hecho de comparar la realidad inglesa con la catalana. Crexells fue un intelectual que, desde el principio, se preocupó por el deporte: El espíritu deportivo es la nota del verdadero *gentleman*. En sintonía con su humanismo, Crexells denuncia a la prensa *Els límits de l'esport* (*La Publicidad*, 4 septiembre 1924) donde comenta –a propósito del campeonato de fútbol de Cataluña y del hecho que el Futbol Club Barcelona se hubiese convertido durante la Dictadura de Primo de Rivera en un fenómeno social– que “en Barcelona hay un número excesivo de gente que mira cómo juegan al fútbol en lugar de jugarlo”. Crexells defiende que el deporte no es un fin en sí mismo porque, desde la época de los juegos antiguos, no lo ha sido nunca: el deporte tiene que estar al servicio de la moral y, por extensión, de una moral democrática. Su argumentación es diáfana: “Los ingleses dicen que la batalla de Waterloo fue ganada en los campos de cricket. Y Chesterton, en un artículo admirable, añade: en los campos de cricket donde se jugaba mal. La batalla de Waterloo fue ganada por el valor, la energía, la serenidad y la tenacidad de la masa del ejército inglés, cualidades, quizás, que vienen dadas por el deporte...”.

Buen conocedor de la filosofía clásica –no en vano empezó la traducción al catalán de la obra de Platón que inició la Fundació Bernat Metge–, Crexells destaca *L'element moral de l'esport* (*La Publicitat*, 27 de febrero 1925). De aquí

¹⁶ Crexells, J.; “Los ejercicios del sport”, *La Publicitat*, 24, de mayo 1921.

¹⁷ Crexells, J.; “Professors i deixebles anglesos”, *La Publicitat*, 31 de julio 1924.

que su anglofilia no se pueda separar de una defensa apasionada de la libertad porque según su parecer –y de hecho, fue así para mucha gente de aquella generación post-novecentista– “el espíritu deportivo no consiste en la obediencia a unas normas, sino que va más allá, en el recto instinto de escoger la actitud noble en el momento no previsto por las normas”. De manera que se impone “educar a los jóvenes en el deporte para que en cada momento de la vida actúen con aquella claridad y nobleza que llamamos deportividad; he aquí una noble finalidad moral del deporte”.

El fútbol, un espectáculo metropolitano

Joan Crexells fue –sin negar otros posibles calificativos– un publicista, es decir, un intelectual que se sirvió del periodismo para difundir un conjunto de ideas que actualizarían el panorama intelectual catalán. En este sentido, hay que destacar la crónica “Impressions de Londres”, publicada en *La Publicitat* el 2 de enero de 1924 y en la que describe sus sensaciones justo en el momento de llegar a la capital británica después de una larga estancia en Berlín.¹⁸ En Londres Crexells quedó impresionado por el espectáculo de la niebla de manera que escribe que ver un partido de fútbol en un día en el que la neblina –y no la niebla opaca y pesada– cae es un acontecimiento inolvidable. En medio de este ambiente invernal y nublado, Crexells se acerca con el ferrocarril metropolitano hasta el cam-

po del Arsenal donde se disputa un partido de fútbol un sábado por la tarde a finales de 1923:

El fútbol

Ver un partido de fútbol, en un día así, es un gozo constante para los ojos. He ido al campo del Arsenal a ver un partido. El fútbol tiene un cierto punto de tristeza en Londres. Es sábado por la tarde. La gente sale del trabajo y corre hacia el campo. El domingo, en una gran ciudad, la gente se diferencia. Pero en un día de trabajo todo el mundo es igual. El tejedor mil quinientos catorce es, en día laborable, igual que el tejedor mil quinientos quince. El domingo, en cambio, se diría que cada uno recupera su personalidad. Pues bien; aquí, el fútbol es cosa de día laborable. Por este motivo tiene aquella invencible tristeza que tiene la sociedad moderna, donde el trabajo está organizado sobre la base del máximo menosprecio por la personalidad humana.

Para ir al campo del Arsenal es necesario tomar un metropolitano. Mientras vamos oigo discutir sobre el posible resultado del partido, pero sin aquella magnífica desproporción en el apasionamiento que caracteriza a nuestro público. En el momento de bajar, las galerías del metropolitano son pequeñas para contener a tanta gente. Lentamente vamos saliendo, caminando apretados por los pasillos hasta que al cabo de diez minutos conseguimos salir fuera. Una cola de gente va saliendo sin hablar de la puerta del metropolitano. Diríamos que son mineros que acaban de salir de la mina a los que se ofrece un divertimento del patrón.

El campo está en frente de la estación. Somos treinta mil. Treinta mil proletarios diría yo. Una banda de música toca marchas populares. La impresión de tristeza y –digámoslo claro– de miseria, aumenta.

Pero salen los jugadores y os olvidáis del público y de todo. ¿Habéis visto que bello es en nuestro país, el espectáculo de un partido de fútbol cuando el sol empieza a ponerse? Pues es este resplandor del sol el que ilumina ahora el campo. El sol está alto, pero rojo, aquel rojo atardecer y os lo podéis mirar sin que los rayos os hagan daño. La hierba del campo es de un verde

oscuro. Los jugadores del Arsenal llevan jerséis rojos y pantalones blancos. El efecto de estas manchas rojas y blancas sobre el verde del campo es maravilloso. ...¿Y el partido? El partido amigos, hoy es una cosa secundaria. Para un modesto cazador de emociones, la caza de hoy ya es suficientemente grande.

Y si alguien se pregunta por el resultado del partido que se jugaba aquella tarde de sábado en el campo del Arsenal no debe preocuparse porque el mismo Crexells tenía muy claro que el marcador era una cosa secundaria: La fuerza del relato recae, sobre todo, en la descripción de una masa que satisface sus horas libres a través del deporte que –según su parecer– debería ser alguna cosa más que un espectáculo. Fiel a la tradición clásica que en aquellos momentos de tanta crisis tenía que preservar los valores del humanismo, Crexells no entiende el deporte sin la dimensión moral que comporta su práctica. Lo que pide es una cosa mucho más sencilla: un deporte con rostro humano.

Qué lejos queda todo esto en una sociedad como la actual que ha convertido el deporte en un vulgar espectáculo mediático. Realmente da la impresión que aquella dimensión ética del deporte nos ha abandonado para siempre porque la victoria –aquella *nike* clásica transmutada ahora en multinacional deportiva– es la que guía todos los objetivos: participar ha pasado a mejor vida, sólo preocupa ganar. Al fin y al cabo, el espectáculo –y el deporte es el gran espectáculo de una sociedad post-moderna y globalizada que nos acerca televisivamente a los grandes acontecimientos competitivos– sólo se interesa por los ganadores.

¹⁸ Crexells, J.; Cròniques europees. Berlin-Londres 1920-1926, Obra Completa II, Barcelona, Edicions La Magrana, 1997. Anteriormente incluido en la miscelánea *La història a l'inrevés*. Barcelona Editorial AC, 1968.